

ros con qué real e íntima satisfacción veo sentados en torno de esta mesa a no pocos amigos míos, distinguidos representantes de la Universidad, de las letras, de la prensa, del foro, de la política, de la *élite* social, quienes, en mi obsequio, han venido a confundirse una hora con esta falange de ardorosa juventud estudiantil, que ha querido agasajarme, sin conocerme personalmente los más de sus miembros, por simple afinidad hacia el más viejo de los estudiantes argentinos. Me cabe así la honra de ser por un momento como el frágil eslabón de juntura entre la generación que hoy ocupa el escenario y la que se adelanta a sucederle. Y yo, reliquia de ayer, doblemente ajeno a toda tumultuaria actualidad, no contemplo sin emoción este encuentro fortuito, en un ágape cordial, de dos grupos representativos: el uno, del presente, y en plena actividad; el otro, del porvenir y que ya se prepara, con el dichoso desembarazo de la edad, a recibir, cuando aquél termine su misión, la más pesada herencia de problemas sociales y políticos, todos ellos de ardua solución improrrogable—fuéramos de algunos, tanto